

De Singly, F.

Double Je. Identité personnelle et identité statutaire

PARÍS, ARMAND COLIN, 2017

François de Singly acaba de publicar su última obra titulada *Double Je. Identité personnelle et identité statutaire* (Doble Yo. Identidad personal e identidad estatutaria) en la editorial Armand Colin. Conviene recordar que este autor es catedrático emérito de Sociología en la Facultad de Ciencias humanas y sociales de la Universidad de París-Descartes y es investigador en el Centro de investigación sobre los vínculos sociales CERLIS que asocia el CNRS, la Universidad de París La Sorbona y la Universidad de París-V. Es, asimismo, director de la serie Ciencias sociales en la colección 128 de Armand Colin/Dunod, encargado de misión sobre “Saber y cultura” de la Universidad París-Descartes, miembro del Alto Consejo de la Familia, y presidente de la Comisión para una estrategia unificada de la infancia y de la adolescencia en France Stratégie, que constituye un laboratorio de ideas asociado al Primer ministro galo. Ese organismo tiene como misión aclarar las elecciones colectivas y su acción consiste en evaluar las políticas públicas; anticipar las mutaciones venideras en los ámbitos económicos, societales o técnicos; debatir con expertos y actores nacionales e internacionales; y, dirigir unas recomendaciones a los poderes públicos regionales, estatales y europeos.

Este especialista de la sociología de la familia y de la pareja, de la infancia y de la adolescencia, además de publicar innumerables artículos en revistas de reconocido prestigio internacional, es autor de numerosos libros, entre los cuales podemos citar *Le lien familial en crise* (2007), *Les nouveaux imaginaires du quotidien* (2008), *Comment aider l'enfant à devenir lui-même?* (2009), *Les sociologies de l'individu* (2009), redactado junto con Danilo Martuccelli, o *Séparée* (2011).

En la introducción de la presente obra, el sociólogo galo recuerda que “la modernidad occidental es caracterizada a menudo por una doble revolución: la de los derechos [humanos] y del ciudadano, derivada de la filosofía de la Ilustración, y la de la revolución industrial” (p.11). Pero, se tiende a olvidar la revolución de la identidad (p.11). En realidad, “el invento de una nueva representación de la identidad comienza con el paso de un Dios impersonal a un Dios personal” (p.11), de modo que la identidad personal deje de confundirse con aquella formada por los roles y las pertenencias sociales (p.11). “Esta creencia en un desdoblamiento se hace visible con la formación de un vínculo específico, el amor cortés” (p.12), ya que “ese amor une a dos personas que se eligen [mutuamente] en función de lo que son o creen ser a título personal” (p.12). Esta distinción entre las identidades personal y estatutaria aparece

con Montaigne y se difunde lentamente hasta convertirse en “una gran referencia social a partir del final del siglo XIX” (p.13). Y, desde la segunda mitad de siglo XX, “ese desdoblamiento identitario, jerarquizado, se ha impuesto como un [imperativo] social” (p.13).

Sin embargo, desde sus inicios, la sociología tiende a infravalorar esta dimensión identitaria, al centrarse “en lo estatutario [y] en las pertenencias sociales” (p.13). Esa indiferencia, ese olvido y esa crítica del sujeto resultan, en gran medida, de la división del trabajo científico entre las disciplinas y, en concreto, entre la sociología y la psicología (p.13). De hecho, si Emile Durkheim dota al individuo de una doble identidad, solo se interesa por la identidad social (p.14). No en vano, en la práctica, se produce una interacción permanente entre estas dos dimensiones de la identidad. “Es posible pensar un Yo personal cuyo poder consiste en [recurrir a] la otra dimensión, estatutaria, para construirse” (p.15). En ese sentido, el autor pretende analizar “cómo los individuos [cruzan] la frontera entre las dos capas identitarias. En ciertos momentos reflexivos, la persona se pone al margen, (...) para (...) aligerarse [y] poder continuar [su] camino, antes de tener nuevas experiencias” (p.15). Refugiarse en sí mismo ofrece igualmente la oportunidad de buscar por sí mismo y en sí mismo las razones de ciertas conductas (p.16).

Esto significa que el individuo no está completamente determinado por los contextos y las interacciones sociales, ya que “dispone de una instancia de arbitraje y de decisión” (p.17). En el caso contrario, cómo comprender la desobediencia civil (p.17) o el divorcio en una pareja homogama (p.18). Ese distanciamiento con el rol social encuentra su origen en el protestantismo y el humanismo que han luchado para imponer el libre albedrío y el pensamiento racional (p.16). Esa actitud, a través de la cual “el individuo sale de sus roles para [centrarse] en sí mismo”, desemboca en una “libertad interior” (p.19). De hecho, si los individuos sufren discriminaciones que dificultan su desarrollo personal, es precisamente porque “rechazan ser definidos [exclusivamente] por unas pertenencias, unos estereotipos [y] unos orígenes” (p.19).

En el primer capítulo, titulado “contra el hombre unidimensional”, De Singly constata que la literatura pone el acento en el valor moral de los pobres, puesto que “la verdadera vida se encuentra, en mayor medida, en [el] pueblo. (...) Privados de capital, los pobres dejarían aparecer, más que los ricos, su humanidad” (p.25). Los discapacitados pertenecerían también a esa humanidad “desprovista de [cualquier forma] de riqueza. Pueden (...) verse reconocer una identidad personal [desvinculada] del nivel de sus recursos” (p.25).

De la misma forma, la doble dimensión se ha manifestado en la “confrontación entre el matrimonio y el amor, [ya que] la institución asocia dos individuos definidos por sus riquezas, [mientras que] el amor [une a] dos personas definidas por sí

mismas” (pp.26-27). En Occidente, “esta separación entre el matrimonio y el amor se ha difundido [inicialmente] por mediación del teatro” (p.27). Con el siglo XVIII, “la calidad humana [adquiere] progresivamente su autonomía con respecto al rango [y] al título” (pp.27-28). Para visibilizar el desorden amoroso, “las parejas deben ser [diferentes]” (p.28). Se trata de un afecto naciente entre dos seres libres, y “[es] la mejor manera de [mostrar de qué manera] el amor ignora a los intereses” (p.28). El amor debe ser desinteresado y la afirmación de su pobreza se convierte en una estrategia matrimonial, dado que permite asegurarse de que el amor no obedece a intereses materiales (p.28). En ese sentido, “el hecho, para un individuo, de haber sido elegido en el marco del matrimonio o de un concubinato amoroso es el signo de que tiene cualidades personales” (p.29).

No en vano, cierta sociología considera que las personas están definidas por su nivel de capital o sus roles sociales, de modo que tenga una visión restrictiva de los seres humanos. De hecho, “la tiranía de los capitales y de los roles sociales genera una visión del [ser humano] unidimensional”, al proceder a una “reducción identitaria” (p.35). En ese sentido, los individuos existen más allá de sus capitales y roles (p.31). Hoy en día, más que en otras épocas, numerosas personas reivindican su identidad personal (p.34). Esta tendencia va de la mano de la sociedad del consumo que propone unos sustitutos de identidad personal que producen unos roles sociales dominantes que conducen a ocultar su Yo profundo (p.34). Es preciso subrayar que la “identidad personal no se confunde con el vestido que uno lleva”, sabiendo que se efectúa a menudo una analogía entre la identidad estatutaria y la vestimenta (p.34). En realidad, existe una tensión entre las obligaciones impuestas por los hábitos sociales y la “individualización de la expresión personal” (p.35).

Así, los relatos de crisis conyugales constan a menudo de esos momentos en los cuales, sobre todo la mujer, “siente una falta de reconocimiento o, más exactamente, un falso reconocimiento por parte de su [conyugue]” (p.43). En la moral contemporánea, “la protección de sí mismo es un imperativo. Hay que hacer [todo lo posible] para evitar la separación de su identidad personal generada por la falta de consideración” (p.45). Cuando la identidad estatutaria es predominante, “la persona no consigue saber quién es. Tiene la sensación de haberse convertido en unidimensional (...). La identidad para el otro, si contribuye a alimentar la identidad para sí, puede también destruirla” (p.45). En el imaginario colectivo, “son sobre todo las mujeres que conocen una crisis, [como consecuencia] de la pesadez de los roles que les son asignados y que limitan su realización personal” (p.45). Pero, los hombres también conocen episodios similares (p.45). “Salir de la crisis presupone un retorno a lo social asumiendo uno o varios roles que corresponden mejor a la nueva definición de sí mismo” (p.48).

En el segundo capítulo, dedicado al hecho de deshacerse de los roles sociales, De Singly constata que “la identidad dual se ha impuesto progresivamente como referencia subyacente a la interpretación del mundo” (p.49). Así, el movimiento de Mayo del 68 ha sido un periodo durante el cual “los falsos pretextos han sido [cuestionados] en nombre de la autenticidad” (p.49). Una manera de ponerlo de manifiesto ha consistido en “cuestionar la política concebida como un homenaje a las autoridades [consideradas como] poco legítimas” (p.49). A su vez, dado que la “civilidad tiene como función reprimir el individuo, es indispensable dejar de seguir sus mandamientos y dejar hacer su espontaneidad” (p.50). A medida que se forma una representación de la identidad personal, “la conversación mundana pierde su atractivo”, al tratarse de un ejercicio formal que solo permite permanecer en la superficie de las cosas y de los seres humanos (p.50). En ese sentido, la supresión de los roles sociales y, especialmente, de aquellos vinculados con la autoridad, se traduce, por ejemplo, por la expansión del concubinato (p.52).

Históricamente, nos dice el autor, el despojo, “como prueba de la existencia de una identidad personal”, ha tomado diversas formas (p.54). La desaparición del corsé en el siglo XIX y la generalización del sofá en el espacio doméstico ilustran ese fenómeno (p.55). Estas modalidades del despojo “son más suaves, más invisibles y tienen una menor fuerza simbólica que las representaciones de la desnudez o de la emancipación” (p.55). Una de las figuras principales del despojo es la desafiliación, dado que “afloja el vínculo de filiación”, lo que resulta esencial para la persona deseosa de ser autónoma (p.55). “El paso muy progresivo del matrimonio concertado al matrimonio de amor traduce (...) ese movimiento” (p.55). La desnudez voluntaria de Francisco de Asís constituye una de las primeras escenificaciones de la desafiliación (p.55). De manera general, el distanciamiento voluntario con respecto a la relación de filiación existente se inscribe en un trabajo de reapropiación personal (p.56). “Ese despojo, provisional o no, de la identidad estatutaria conocerá un [notable] éxito. [Así], el principio de igualdad de oportunidades se basa en esta figura del despojo” (p.57).

No en vano, el sociólogo galo observa que “todos los individuos no disponen del mismo grado de libertad” a la hora de poner en coherencia su apariencia corporal con su identidad personal reivindicada (p.59), ya que “todas las dimensiones identitarias no ofrecen la posibilidad del despojo o de un fuerte distanciamiento” (p.59). Así, la relación antigua con la herencia indica un ideal social y político caracterizado por un cierto despojo (p.60). Si, antes de la modernidad, el individuo se alegra que el vínculo de filiación sea sólido, la herencia se convierte en un peso del que intenta desprenderse, en una sociedad que valora el mérito propio (p.60). En realidad, esa herencia no ha desaparecido, puesto que “continúa bajo la forma monetaria o cultu-

ral al producir unas desigualdades” (p.60). Esa fuerza de la herencia “constituye una prueba de los límites del proceso contemporáneo de individualización” (pp.60-61). Incluso en el mundo literario, “la figura de la persona que rechaza cualquier herencia no es una referencia central” (p.61).

No obstante, la escenificación de una identidad personal puede ser peligrosa, dado que, por definición, “la personalización disminuye la protección asegurada por el rol” (pp.63-64). Por ejemplo, en el ámbito educativo, “los alumnos piden un compromiso personal a sus profesores para luchar contra la reducción identitaria de la sufren ellos mismos” (p.64). Pero, esto presupone “una cultura común a las dos partes [implicadas]” (p.64). En el caso contrario, el riesgo de malentendidos es mayúsculo, lo que provoca incompreensión y sufrimiento (p.64). De la misma forma, en las relaciones amorosas, el riesgo de ser herido existe. En efecto, “el encanto del amor se basa, en parte, en una forma de aceptación incondicional (...), de modo que [uno pueda desnudarse] en semejante marco” (p.65). De hecho, “en ciertas condiciones afectivas, la [relación] sexual es una práctica que favorece el despojo de sí mismo. Hacer el amor [corresponde a] un momento en el cual cada uno se desnuda ante su pareja. La persona puede así ser mejor reconocida, pero, también, ser fragilizada” (p.65).

En ciertos momentos de la existencia, “el peso de las identidades estatutarias puede ser [excesivo, hasta convertirse en] insoportable” (p.66). No en vano, el despojo de la identidad estatutaria tiene un coste que “conduce, a veces, a renunciar a la renuncia” (p.68). En ese sentido, el distanciamiento a los roles “solo tiene valor [durante] un tiempo limitado” para proceder a una redefinición de sí mismo (p.68). Esto significa que la libertad tiene un precio, dado que “deja abierta la cuestión de los fines o de los horizontes de significación”, lo que implica un individuo que sea capaz de reflexividad y de ser un “sujeto descomprometido” (pp.68-69). Hoy en día, “la fuerza del modelo social de la individualización es tal (...) que no hay una edad específica para [experimentar la necesidad de] deshacerse de tal o cual dimensión estatutaria” (p.69).

En la vida diaria, “la oscilación entre el encanto de los [roles] sociales (...) y la atracción del *strip-tease* identitario conduce a figuras [intermedias]” (p.70). De hecho, los individuos intentan deshacerse, parcialmente y momentáneamente, de las obligaciones asociadas a los hábitos sociales (p.70). Y, a medida que se fortalece el imperativo de autenticidad en la sociedad, la moda del *sport-wear* se difunde. El chándal se ha convertido en el vestido de los que rechazan el uniforme (p.70). Asimismo, la actitud relajada expresa, ante todo, el rechazo de cualquier forma de encierre del individuo en los roles sociales (p.70). Se trata de visibilizar la distancia que separa los roles jugados de uno mismo (p.70). Pero, cada individuo tiene su manera específica de descansar ante la obligación de ocultar su identidad personal, en un

contexto social marcado por una competencia exacerbada (p.71); sabiendo que el individualismo competitivo “no es favorable a la libre expresión personal” (p.71). Es una de las principales contradicciones que deben gestionar y resolver las personas de las sociedades contemporáneas (p.71). El éxito de los libros de autoayuda, de la meditación y del Yoga en Occidente traduce la fuerza del esquema identitario dual y la valoración del Yo profundo al que se accede a través de prácticas de “plena conciencia” (p.72).

La autenticidad exige, a menudo, el despojo, “ya que el distanciamiento con los roles sociales permite al individuo mantener su identidad personal” (p.73). Después de varios siglos durante los cuales la búsqueda de la identidad personal se limitaba a la esfera privada, “el mundo contemporáneo exige unas demostraciones del Yo en público. Valora la ‘extemidad’, [como] forma paradójica del movimiento de interioridad” (p.74). En política, por ejemplo, los responsables políticos se ven obligados a efectuar un trabajo de escenificación de sí mismos, incidiendo en su faceta personal (p.74). Así, “Nicolas Sarkozy [ha comprendido] que el héroe moderno debe [distanciarse] de sus roles para mostrar que existe igualmente a nivel personal. Su discurso de investidura, [pronunciado el] 14 de enero de 2007, consta de elementos de ‘extemidad’” (p.76). Los héroes actuales han dejado de ser perfectos. Están despojados de sus imágenes de perfección, grandeza y santidad (p.77). “Son, ante todo, seres humanos deseosos de mejorar” (p.77). Ese modelo del despojo ha generado unas figuras más modestas y cotidianas que conciernen un mayor número de personas. “La renuncia a las identidades estatutarias constituye una referencia fundamental que cada uno interpreta a su manera” (p.77).

En el tercer capítulo, dedicado al “cansancio de no ser sí mismo”, el autor indica que, en el ámbito literario y artístico, “el pseudónimo puede ser utilizado como solución a una crisis identitaria” (p.79). De hecho, la fama puede convertirse en una cárcel “que limita la expresión personal” (p.81). Pero, en general, “la reputación tiene una función positiva para el autor, [ya que] reduce la incertidumbre que persiste en cada etapa” (p.81), aun sabiendo que la reputación no es el único objetivo del escritor o del pintor (p.81). “Para que la crisis [acontezca] y que el uso del pseudónimo ayude a revolverla, [es preciso] que el autor haya conocido cierto éxito” (p.81). En el caso contrario, “el peso de la identidad estatutaria no borra la identidad personal reivindicada” (p.81).

Un primer problema por resolver consiste en la sensación que tienen ciertas personas de no poder ser ellas mismas, al estar “aplastadas por las miradas de los demás que las reducen a sus identidades estatutarias” (p.81). En realidad, “la ausencia de separación jamás es total” (p.82). Las personas hacen gala de cierta conciencia de sí mismas, ya que se dan cuenta de esa ausencia cuando tienen la impresión “de ser

negadas o borradas” (p.82). Se preguntan “cómo escapar a todas las asignaciones de roles para dejar de ser [sus] prisioneras” (p.82). En ese sentido, lo que cansa a las personas, es el exceso de asignaciones y de roles. En una sociedad en la cual “la competencia es propuesta como un modelo de realización personal, ciertas personas están atrapadas en la trampa del éxito, del rendimiento a [cualquier precio]” (p.82). Esta negación de sí mismo por la confusión de los vínculos identitarios es experimentada en los primeros momentos de la vida adulta (p.82).

Todos los roles y todas las pertenencias no tienen la misma repercusión en la mirada que cada persona y los demás tienen sobre uno mismo (p.85). “Si tiene siempre como efecto categorizar las personas [concernidas], estos estereotipos no encierran [todos los individuos] con la misma intensidad” (p.85). A veces, una pertenencia o un rol producen tal efecto que “la persona tiene la sensación de ser inmediatamente reducida a esa identidad estatutaria” (p.85). En ese sentido, “cuando la identidad [estatutaria] toma una forma dominante, hace correr el riesgo de la desaparición de sí mismo” (p.88). Una de las maneras de encontrar un equilibrio entre estas dos dimensiones de la identidad consiste en poseer varias identidades estatutarias. El caso contrario es ilustrado por el alcoholismo que conduce a la “parálisis identitaria”, ya que “la persona alcohólica se encuentra (...) bloqueada, con una dimensión identitaria dominante que le prohíbe progresivamente [jugar con] otras dimensiones estatutarias” (p.89). Por lo cual, el alcoholismo hace desaparecer cualquier poder sobre sí mismo (p.89).

A un nivel menor, el éxito puede sobredimensionar la identidad profesional y “crear las condiciones de [una distancia excesiva] entre ella y la identidad que la persona cree [tener]” (p.91). Así, el éxito repentino, revelado, por ejemplo, “por un premio literario, puede generar un desorden identitario”, dado que incrementa su carácter atractivo (p.91). De hecho, “a diferencia del amor, el deseo es sensible a las identidades estatutarias” (p.91). Pero, el impacto de un premio depende de la manera en que el escritor se definía a sí mismo antes de recibirlo. “Si este último no se consideraba como grande en su propia representación, sufría del desfase, pero, si, al contrario, se [percibía] anteriormente como un genio desconocido, el reconocimiento no lo desestabilizaba” (p.91). En suma, todo depende de la distancia que separa la nueva identidad estatutaria y la identidad personal reivindicada (p.92).

En ese sentido, “ni una pertenencia (...), ni un estatus, ni un rol son incompatibles, [por definición], con la sensación de ser sí mismo. La dimensión considerada como estatutaria, para ser considerada positivamente, debe coexistir con una zona franca donde nace y prospera el sentimiento de un cierto dominio de sí mismo” y control de su propia vida (p.92). La adolescencia constituye un excelente observatorio, según De Singly, porque “la manera según la cual las dos partes [de la identi-

dad] se equilibran solo puede hacerse por mediación de la negociación [entre ellas]” (p.93). Esto aumenta la reflexividad y, sobre todo, la explicación “a fin de hacer legítima la demanda de una libre expresión de sí mismo” (p.93). Así, numerosos jóvenes abandonan ciertas actividades de ocio que realizaban anteriormente, lo más a menudo obligados por sus padres, para afirmar su autonomía y reivindicar su deseo de gozar de una mayor independencia (p.94). Sobre todo en las familias pertenecientes a las clases medias y medias-altas, los adolescentes desean “tener tiempo libre y, así, [tener] la posibilidad de expresarse personalmente” (p.95). Sus padres aceptan generalmente esa demanda, siempre y cuando no descuiden sus estudios (p.95).

En cualquier caso, “si se parte del principio de que las identidades estatutarias forman parte de uno mismo, amarse a sí mismo exige (...) no odiarlas” (p.98). De hecho, una incompatibilidad excesiva entre ambos registros, personal y estatutario, puede llevar a la reconversión identitaria, a veces facilitada por un allegado (p.98). En ese sentido, “parte del proceso de creación de sí mismo consiste (...) en [averiguar] la compatibilidad de las identidades estatutarias con la identidad personal reivindicada, y (...) en intentar modificarlas” (p.99). Es lo que sucede cuando las personas cambian de profesión para que “la relación entre la nueva [identidad estatutaria] y la identidad personal reivindicada sea menos fuerte” (p.99). Ese trabajo de modificación identitaria toma otras formas “cuando una identidad estatutaria existe y (...) se impone” (p.99). Por ejemplo, los adolescentes que padecen una enfermedad crónica deben aceptar su situación (p.99). Y, “cuando la realidad no [permite] una autorización personal satisfactoria, la tentación es ausentarse” (p.101).

En el cuarto capítulo, que se interesa por el contenido del Yo, el sociólogo galo constata que, “cuando todas las identidades estatutarias carecen de sentido, (...) la identidad personal conoce una suerte comparable” (p.104). De hecho, “la identidad personal no es lo que queda cuando toda la identidad estatutaria ha sido retirada. (...) El contenido está fijado por el individuo que tiene el poder de considerar ciertas dimensiones estatutarias como parte íntegra de su identidad personal” (p.104). En ese sentido, la transferencia de una parte estatutaria a la esfera personal se produce por una decisión personal sobre la base de su conciencia (p.104). Por lo cual, “la individualización es la manera según la cual un individuo piensa que existe, decidiendo lo que en sus roles, en sus pertenencias, le parecen definir mejor su Yo” (p.105). Una de las reivindicaciones frecuentes de las familias contemporáneas consiste en poder disponer de un tiempo durante el cual “uno no está definido como miembro de la familia [para] poder tener tiempo para sí mismo” (p.107). Estos momentos “no corresponden a (...) actividades solitarias, privadas [y] aisladas, [sino que] se desarrollan con individuos que dan a la persona considerada una sensación de [libertad]” (p.107).

Según el autor, “importar en el seno de la identidad personal al menos una de las identidades estatutarias [proporciona al individuo] una suerte de estructuración. La circulación parcial entre las dos [dimensiones] constituye uno de los soportes de la existencia de un Yo consistente” (p.110). Esta posible circulación se hace visible durante la maternidad que “puede [llevar a] una reducción identitaria cuando el entorno de la mujer solo la [percibe desde esa perspectiva], lo que puede provocar (...) una crisis” (p.110). Pero, la maternidad ocupa igualmente un lugar central en la identidad personal (p.110). De la misma forma, si socialmente la realización de un trabajo personal implica jugar un rol, esta actividad puede también tener una dimensión personal al ser vocacional (p.114). En ambos casos, “las fronteras entre la dimensión estatutaria y la dimensión personal de la identidad son porosas [y] dependen de la manera según la cual cada uno las considera” (p.114).

En cuanto al contenido de la identidad personal, “depende de lo que el individuo decide exportar de su identidad estatutaria” (p.115). A ese nivel, la identidad personal goza sistemáticamente de una dimensión estatutaria, lo que pone de manifiesto su carácter circular. “El individuo puede escoger elementos de la identidad estatutaria, con la condición de que tenga el poder de elegirlos [y] de validarlos a título personal” (p.115). Además, excepto en contadas ocasiones, “la identidad personal se construye [obedeciendo a] una lógica de préstamo” (p.116). No requiere un alto nivel de explicitación, excepto en el caso de conflictos identitarios (p.116).

Históricamente, el individuo ha reivindicado su identidad personal “oponiéndose a su padre que quería regentar su autonomía. El amor se ha construido como uno de los soportes de la individualización” (p.117). De hecho, “la historia de la desestabilización del poder [paterno] puede ser [relatada a través] de las novelas sobre la elección amorosa, (...) la Revolución francesa, el cuestionamiento del derecho de corrección paterno [o] el fin de la potencia paterna” (p.118). Asimismo, en Occidente, “la reivindicación de una identidad personal ha ido [de la mano] de la crítica de la verticalidad de la relación de filiación” (p.118). En ese sentido, los dos elementos característicos de la familia, es decir la potencia marital y la potencia paterna, desaparecen progresivamente (p.118). Prueba de ello es que, hoy en día, la emancipación de los jóvenes se hace a menudo sin rupturas, dado que el imaginario de la emancipación se ha impuesto socialmente. Además, “la inscripción en la continuidad familiar y el mantenimiento de los vínculos aportan (...) una forma de estabilización de sí mismo, soporte de la identidad narrativa” (p.120). Esa compatibilidad entre la herencia y la afirmación de sí mismo se observa, por ejemplo, entre los hijos que ejercen la misma profesión que sus padres (p.121).

Paralelamente a las personas que consiguen tener la sensación de ser ellas mismas incorporando las herencias de sus padres, “otras ponen en marcha unos proce-

dimientos opuestos. Buscan evitar cualquier riesgo de contaminación de su identidad personal por tal o cual dimensión estatutaria” (p.126). El descompromiso designa una de las maneras significativas de buscar a protegerse ante el riesgo de ser devorado por una dimensión de su identidad (p.126). Hoy en día, ciertas mujeres insisten en los aspectos positivos de la independencia, alejándose de la devoción conyugal. Una de las vías consiste en rechazar vivir bajo el mismo techo (p.127). A su vez, no casarse constituye una ilustración de ese fenómeno, ya que “las personas que viven [emparejadas] sin casarse se protegen más que las demás, especialmente poniendo menos cosas en común. La ligereza de la relación expresa una protección de sí mismo, una forma de prudencia relacional” (p.129). El temor por perder su identidad está presente también entre las mujeres maduras, a menudo “después de intentos [infructuosos] de vida conyugal”, lo que genera cierta desconfianza (p.129). El principio de precaución, al que se adhieren estas personas para no incluir tal o cual pertenencia estatutaria en su identidad, “tiene como función evitar el riesgo de contagiar su [ámbito] personal” (p.130). Esto resulta del carácter incierto e inestable de la frontera que separa las dos identidades.

En el quinto capítulo, titulado “hacer la prueba paradójicamente de sí mismo”, el autor constata que, “en el origen, el espacio interior ha sido inventado para reencontrar un Dios personal y no para reencontrarse a sí mismo” (p.131). Con el transcurso del tiempo, ese espacio interior se ha convertido en el “lugar de la intensificación de sí mismo” (p.131). La mayoría de las personas ha conservado la noción de espacio interior, aunque esté alejado de Dios. En cuando a su contenido, “la única certeza es que no [debe obedecer a] la lógica de la distinción social” (p.132). En realidad, el individuo puede elegir entre tres definiciones de sí mismo: “estar solo ante su conciencia, (...) buscar realizarla (...) o (...) expresarse para demostrarse a sí mismo que uno es libre” (p.132). En el centro del primer modelo se encuentra la conciencia. Los escritores “la hacen visible a través del diálogo interior” (p.132). El segundo modelo propone “un contenido más preciso de la identidad personal”, bajo la forma de talentos o de “experiencias acumuladas de las que el individuo hace el balance” (p.132). El tercer modelo “define una subjetividad que solo se comprende a través de las pruebas de libertad” (p.133). De hecho, “es preciso liberarse, no solamente de los roles sociales, sino también de la imagen que se puede tener de sí mismo [y] de sus proyectos” (p.133).

Aludiendo a la historia de las ideas, el sociólogo galo observa que, para Palente, la identidad personal implica hacer gala de una libertad extrema, realizando actos que solo tienen un significado en la medida en que el individuo ha decidido efectuarlos (p.134). El individuo se afirma al estar liberado de los roles sociales así como de la razón (p.135). Según Gide, el acto gratuito es una de las maneras a través de las

cuales “los individuos se demuestran a sí mismos su propio poder. Son, en efecto, los únicos en comprender las razones paradójicas de su conducta” (p.135). En ese sentido, se produce una emancipación a través del acto desinteresado “que no debe nada a nadie [y] que rompe con cualquier vínculo de obediencia o de sumisión” (p.135). La gratuidad es una de las acciones que solo puede ser comprendida por su autor, ya que es arbitraria, “en ruptura con la definición de las acciones que los actores ejecutan según [su ubicación social]” (p.136). En realidad, el acto gratuito no carece de razones (p.137).

En las sociedades contemporáneas, el artista intenta ser lo más original posible respetando su autenticidad. “En una sociedad en la cual uno de [los imperativos] es que cada persona sea la autora de su propia vida, [el] artista inspirado es una gran referencia” (p.138). Una de los criterios básicos para valorar la originalidad de un artista es “el reconocimiento casi inmediato por el público [de la persona] que ha realizado la obra” (p.137). El modelo del artista libertario coexiste con el del artista singular (p.138). Puede parecer paradójico, dado que, “mientras que el artista inspirado parte de su inspiración, (...) de su eventual genio, el artista libertario inventa unas reglas del juego que no derivan de su presunto genio. Por lo tanto, deja hacer el azar” (p.138). En realidad, lo que está en juego, “más allá de las declaraciones de intenciones y de comentarios de los artistas sobre ellos mismos, es la desconexión entre el genio y la singularidad” (p.143). De hecho, algunos artistas no quieren poner de manifiesto su Yo pero continúan firmando sus obras y buscando el reconocimiento social (p.143).

En cuanto al acto gratuito, De Singly distingue cinco principios básicos: el rechazo de la figura del artista inspirado; la búsqueda de una regla; la aspiración a la des-responsabilización; la creación del sentido por el público; y, el rechazo de la profundidad (pp.140-142). En ese sentido, “el acto gratuito rompe con una de las representaciones más [poderosas] del individualismo: el verdadero [Yo], escondido por las apariencias sociales, debe ser revelado” (p.146). Puede acontecer que unos individuos ordinarios deseen demostrar y demostrarse a sí mismos que actúan libremente, “sin otra razón que la expresión de su libertad. Así, cuando jóvenes adultos dejan de vivir en la casa de sus padres, ya no tienen que comportarse respetando ciertas reglas” impuestas por sus progenitores (p.146). No en vano, “la afirmación de sí mismo, e incluso hacia sí mismo, puede generar [cierta] anarquía cuando el tiempo de descubrimiento de sí mismo [es posterior a] un periodo de vida familiar” (p.147). De hecho, “la salida de la familia conduce el joven adulto a recomponer su identidad, aliviado en parte de la dimensión filial, y eventualmente a reestructurar su existencia forjándose su propia agenda” (p.148). A menudo, creyendo ser libre, “el individuo se convierte (...) en la víctima de sus pulsiones [y] de sus deseos. Para los que se adhie-

ren a una concepción del [Yo] profundo, la reivindicación de [su propia] elección parece [carecer] de significación” (p.149).

La despersonalización reivindicada traiciona “otra manera de reivindicar una identidad personal a partir (...) de decisiones personales y arbitrarias” (p.150). Esto se acompaña de una búsqueda de la superficialidad y de la ligereza. “Mientras que, durante siglos, la pintura occidental ha buscado la perspectiva y ha dado la ilusión de la profundidad, la pintura moderna y contemporánea ha querido, en gran medida, permanecer en la superficie plana” (p.151). El éxito de las redes sociales, después del de los blog, traduce “la atracción por una gran superficie de sí mismo, con el número de vínculos (...) amistosos” (p.150). Traduce, igualmente, una pérdida relativa de interioridad y la afirmación de la exterioridad de sí mismo. Esto indica “la existencia de individuos sensibles ante todo a la libertad [y] al rechazo de hacerse encerrar en las instituciones, las tradiciones [y] las trampas de la interioridad” (p.153). En ese sentido, “la libertad guía los pasos de los individuos que desean demostrarse a sí mismos, a través de actos cuyo contenido importa poco” (p.154).

En el apartado de conclusiones, De Singly constata que la creencia en una identidad dual provoca tensiones. Por un lado, “esta creencia se basa en la evidencia de una identidad personal, separada, distinta de las identidades estatutarias” (p.157). Por otro lado, “retirándose en su [mundo] interior, el individuo no descubre un contenido (...) de su Yo. Solo encuentra su conciencia asociada históricamente a la reivindicación de ser sí mismo” (p.157). Creyendo en su propia existencia, “el individuo contemporáneo rompe a menudo con uno de los corolarios asociados (...) al enunciado que se refiere al contenido del Yo” (p.158). En la primera versión de la identidad occidental moderna, “la idea de un contenido domina. (...) Pero, hoy en día, cada vez más, los individuos tienen otro sentimiento que el de la revelación progresiva de su [ser] escondido” (p.158). Construido a través de las pruebas de la vida y en unos contextos de fuerte incertidumbre, “el Yo se ha convertido en experimental. (...) Esta identidad personal se elabora, no solamente con las pruebas [impuestas por] la vida, sino también con las experimentaciones que el Yo intenta para saber lo que puede ser (...) y en qué puede ser original” (p.159).

Asimismo, el individuo se transforma a través de los roles que interpreta a lo largo de su vida (p.159). Por lo cual, según el autor, la sociología debería tener como misión analizar las relaciones “entre los roles jugados y el Yo, a fin de precisar la manera en que interviene la experiencia social en la producción de la identidad personal” (p.160). De hecho, la distancia que separa las identidades estatutarias y personales existe, “pero sin que esa distancia sea necesariamente pensada en cada momento” (p.160). En el torbellino de la vida, “el individuo puede tener la sensación de ser cambiante [en función] de las interacciones” (p.160). En ese contexto, “el Yo

se manifiesta en ciertos momentos, como, por ejemplo, “cuando el amor se presenta, cuando se anuncia una ruptura o un despido, cuando una forma de improvisación se impone ante una situación inédita” (p.161). Surge cuando la persona no puede apoyarse solamente “en el confort de los roles sociales” (p.161). La Historia puede, igualmente, provocar semejante irrupción, especialmente en periodos de guerra donde “la identidad estatutaria domina, tomando el ascendente sobre las demás, y donde, [simultáneamente], la identidad personal es [interrogada de nuevo]” (p.161).

En tiempos ordinarios, en cambio, “el individuo se interroga en pocas ocasiones sobre el punto final que acabará su vida y su obra, [ya que] es más sensible a las etapas que quedan [por vivir]” (p.163). Pero, en periodos de crisis, “los indicadores de un Yo ahogado por las identidades estatutarias” están más presentes, especialmente entre las mujeres. De la misma forma, “la producción de diarios íntimos, la lectura de libros de desarrollo personal y de magazines sobre la psicología [corresponden, en mayor medida], a prácticas [femeninas]” (p.164). Esta proximidad entre el género femenino y los problemas asociados a la identidad personal proviene “de la menor posibilidad histórica para las mujeres de salir [y] de tener derecho a la libre circulación en el espacio” (p.164). Además, “la pesadez de los roles asignados a las mujeres en el espacio privado es más penosa que la de los roles asignados a los hombres en otros espacios” (p.165). No en vano, hoy en día, esa diferencia de género se atenúa un poco, ya que ambas identidades son importantes para los dos. “Los hombres y las mujeres solicitan también un reconocimiento personal en otros espacios que el espacio privado”, lo que ha propiciado la expresión “de una nueva emoción en la esfera pública” (p.166).

En el epílogo, titulado “por una sociología completa”, De Singly asigna a esa disciplina la misión de analizar el individualismo completo. “El término completo designa (...) las condiciones sociales que posibilitan el hecho de que cada uno pueda ser sí mismo, independientemente de su origen y de su fortuna” (p.167). En ese sentido, completo “se opone a una forma de mutilación del individuo”, y no es sinónimo “de perfección o de excelencia” (p.169). Por lo cual, la realización de sí mismo está inscrita en el programa del ser completo. En efecto, la sociología puede determinar si cada uno se realiza personalmente, sea cual sea su origen. “Compara el destino de las personas en función de sus recursos iniciales o adquiridos a fin de [dar cuenta] de las discriminaciones vinculadas al origen” (p.170). Además, los individuos pueden ser analizados en función de sus identidades objetivas o subjetivas (p.170). Las dos miradas son pertinentes y ciertas cada una a su manera. “El ideal de la sociología completa sería saber combinar la mirada alejada y la mirada [cercana]” (p.172).

Para el autor, “considerar los individuos de manera completa exige una toma en consideración de las diferentes funciones que ejercen las prácticas, sin medirlas [úni-

camente en función] de la legitimidad y de las dominaciones sociales. Exige también que la conciencia tenga un lugar en el dispositivo teórico” (p.182). El distanciamiento al rol “permite resistir, [reservándose] un espacio mental, o físico, en el seno del cual las autoridades y los demás individuos no pueden [entrar]. Resulta de la separación entre los repertorios que los autores [utilizan] y de la conciencia que tienen del valor de los repertorios, de su utilidad, de las coacciones con las cuales deben jugar” (p.184). Ese distanciamiento se expresa también “por la evasión en el imaginario” (p.184). En cualquier caso, “la identidad personal se inscribe en unas prácticas en las cuales cada uno se pone al margen del mundo ordinario, [considerado como] poco satisfactorio” (p.185).

Al término de la lectura de *Double Je. Identité personnelle et identité statutaire*, es obvio reconocer el esfuerzo de sistematización realizado por el autor del esquema del doble Yo, es decir de la identidad personal y de la identidad estatutaria, sabiendo que esa reflexión ha sido desarrollada en un seminario de la Facultad de Ciencias humanas y sociales de la Sorbona a lo largo del año 2015. Las tesis defendidas en esta obra se inscriben en la continuidad de la reflexión desarrollada por De Singly desde 1976 y profundizada en sus libros sucesivos. Para ilustrarlas, no duda en beber de diferentes fuentes y en recurrir a la literatura y al cine así como a las obras relevantes de las humanidades, lo que fortalece su demostración y le confiere cierta concreción, alejándose así del riesgo de caer en una demostración puramente teórica y abstracta.

En definitiva, la lectura de esta obra se antoja ineludible para mejorar nuestra comprensión del individuo contemporáneo.

Bibliografía

- DE SINGLY, F. (1976): “Un cas de dédoublement identitaire”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 2 (6), 76-85.
- DE SINGLY, F. (2007): *Le lien familial en crise*. París: Editions rue d’Ulm.
- DE SINGLY, F. (2008): *Les nouveaux imaginaires du quotidien*. París: Descartes et Cie.
- DE SINGLY, F. (2009): *Comment aider l’enfant à devenir lui-même?* París: Armand Colin.
- DE SINGLY, F. (2011): *Séparée*. París: Armand Colin.
- DE SINGLY, F. y MARTUCCELLI, D. (2009): *Les sociologies de l’individu*. París Colin.

Eguzki Urteaga

eguzki.urteaga@ehu.eus

Universidad del País Vasco

Vitoria, España